

**EXTRANJEROS DE SÍ MISMOS.
MEDIOS DE COMUNICACIÓN Y MEMORIA DE LA DICTADURA Y LA
TRANSICIÓN**

Víctor Fco. Sampedro Blanco y Raquel Saiz Tomé
Universidad Rey Juan Carlos

Publicado en Sampedro, V. y Llera, M^a del Mar (eds.) *Interculturalidad: Interpretar, gestionar y comunicar*, Barcelona, Edicions Bellaterra, pp. 147-172.

Las raíces de toda identidad y su continuidad en el tiempo residen en la memoria. Somos quienes creemos haber sido y quienes nos han dicho que fuimos; pudiendo, a partir de esa memoria, imaginar quienes podríamos llegar a ser. La memoria se convierte en *social e histórica* [términos que empleamos como intercambiables] al consolidar una identidad colectiva, basada en ciertos acontecimientos del pasado y unos valores asociados. Así surge una identidad nacional, construida sobre discursos del pasado que se proyectan en el presente y el futuro de una comunidad-territorio.¹

En este capítulo analizamos las historias de vida de dos generaciones de españoles, distintas en cuanto a los recuerdos vividos y las valoraciones con las que rememoran la dictadura franquista y la transición. Esas diferencias, por pura lógica, se traducen en distintas memorias históricas, aunque coinciden en el “extrañamiento” que sienten los jóvenes y los adultos ante la memoria hegemónica transmitida por los medios de comunicación. La generación que votó en las primeras elecciones de la transición se autoubica como espectadora, primero, amedrentada, y, después, desencantada de los procesos político-sociales del pasado más reciente. La generación que votó por primera vez en 1996 o en 2000, se autodefine como espectadora indiferente de un pasado que pareciese pertenecer a un país extranjero.

I.El pasado en tiempo presente

Entendida como facultad psicológica, la memoria es, por definición, una facultad individual. “Cada memoria es un punto de vista respecto a la memoria colectiva, cambia cuando la posición del sujeto en la sociedad se modifica y sus relaciones se alteran”.² A pesar de su pretendida coherencia y carácter general, las identidades que hunden sus raíces en el pasado son fruto de una paradoja, que señala Michael Schudson.³ Por una parte, la memoria histórica tiene un carácter colectivo y estable, plasmado en las instituciones, la cultura y el lenguaje. Por otra parte, está sometida a constante reconstrucción y reinterpretación. La memoria histórica es a un tiempo fruto de “la continuidad y la contingencia”. No puede asentarse sobre la pura invención, pero debe

¹ Álvarez Junco, J.: *Mater dolorosa. La idea de España en el s. XIX*. Taurus, Madrid, 2002.

² Aguilar, P.: *Memoria y olvido de la guerra civil española*. Alianza, Madrid, 1996, p. 40

³ Schudson, M.: *Watergate in American History. How We Remember, Forget and Reconstruct the Past*. Basic Books, Nueva York. 1992.

reformularse continuamente para dar significado al presente y al futuro, siempre dinámicos, de una comunidad.

Entre las distinciones conceptuales que existen, nos interesan en concreto tres: la memoria generacional, la oficial y la hegemónica. Una generación de ciudadanos viene definida por las vivencias comunes y el significado que se atribuye a esos acontecimientos, poniéndolos en relación con un destino común. La memoria *generacional* puede encajar o no con la memoria *oficial*; es decir, con la visión del pasado que recogen las instituciones centrales del poder y la cultura. La memoria oficial se plasma en discursos y monumentos conmemorativos, textos constitucionales, museos, manuales escolares...

Dicha memoria oficial es objeto de disputa permanente. Es el presupuesto, el punto de partida de todo proyecto político y los recursos para establecerla se hallan desigualmente repartidos. En la lucha por dotarse de legitimidad histórica, los distintos grupos sociales pugnan por imponer su visión del pasado, respaldando el papel que desempeñaron y el que están llamados a representar. La memoria oficial se convierte en *hegemónica* cuando domina la esfera pública; es decir, cuando la recogen los grandes de medios de comunicación, como si fuese la identidad pasada de la audiencia a la que se dirigen y que impregna todo el discurso de la sociedad cuando debate su presente y su destino colectivos. El carácter democrático de la memoria hegemónica depende de si los medios recogen fielmente las versiones del pasado compartidas y vividas por la mayoría de la población.

Los medios, así entendidos, constituyen un recurso cognitivo que (sobre todo, en las generaciones más jóvenes) rebasa las capacidades de la escuela para transmitir memorias históricas. Los medios dan alcance y persistencia a la visión canónica de los libros de texto, la cementan o la deconstruyen día a día. Con una ventaja adicional, los periodistas historian en tiempo real el pasado más inmediato y vigente en las vidas cotidianas de la audiencia. Podríamos asegurar que la dictadura y la transición españolas, han estado más presentes en las pantallas de televisión que en las aulas, donde estos temas son relegados a los últimos días de curso. Los medios, en cambio, hacen historia en tiempo presente.

II. Historias de vida y memoria histórica

Apenas existen estudios de la memoria del franquismo y de la transición que incorporen los medios de comunicación como recurso cognitivo o emocional de la audiencia. No contamos con análisis sobre la memoria arraigada, sino sobre los artefactos culturales y las políticas simbólicas que las elites desarrollaron para implantar la (su) memoria oficial. Los riesgos de estos trabajos son muchos, el principal reside en identificar un discurso dirigido “desde arriba” (p.ej. el del NODO) con la memoria histórica de la audiencia. La primera tesis de la semiótica social se ve, de este modo, ignorada; a saber, que el sentido o significado último de un texto no está en el origen – en las intenciones del emisor o en el texto -, si no en el punto de llegada: en el público y las comunidades de recepción que lo componen.⁴

⁴ Fiske, J.: *Introduction to Communication Studies*. Methuen, Londres, 1982 y Sampedro, V.: *Opinión pública y democracia deliberativa*. Medios, sondeos y urnas. Istmo, Madrid, 2000, pp. 113-118.

Los riesgos incrementan al tratar memorias históricas traumáticas y conflictivas como la nuestra. Cuarenta años de dictadura asentaron la versión de los vencedores en la guerra civil. Más tarde, esto facilitó una “transición por arriba”, mediante la transformación (y no el recambio) de las elites, que siguieron dirigiendo las reformas desde el poder.⁵ Por tanto, disponemos de algunos análisis de la historia oficial, documentada en los registros de quienes tuvieron voz protagónica en los procesos históricos. Pero la memoria de las clases populares o de las fuerzas de la oposición, que carecieron de eco institucional, sigue sin ser escuchada. Todavía es una incógnita.

En consecuencia, la memoria histórica española ofrece un déficit de análisis respecto al realizado sobre los nacionalismos periféricos. Al hilo de su creciente importancia electoral, han surgido multitud de libros que deconstruyen los orígenes del nacionalismo vasco y catalán, precisamente por oponerse al marco constitucional. El nacionalismo español ha sido menos estudiado, ya que está menos necesitado de justificaciones.⁶ Pareciese que, excepto en dos comunidades autónomas, la transición significó un proceso casi idílico, gracias a la moderación de la población y el pactismo de las elites. Sin embargo, los “límites” y la “baja calidad” de la democracia española,⁷ han sido señalados por autores críticos que denuncian la persistencia de “silencios impuestos” y el lastre de una “amnesia inducida”.^{8 9}

Las obras con más rigor académico combinan el análisis de los discursos oficiales con encuestas de cultura política sobre la legitimidad del franquismo y de la democracia, el ritmo y la radicalidad del cambio, etc. Junto con los resultados electorales, los sondeos confirman la “moderación ejemplar” de la población. Y esta se esgrime como prueba de que “la mayor parte de la sociedad española” obtuvo “como principales lecciones” que “nunca más debería repetirse la guerra civil”, así como la necesidad de la “reconciliación nacional”. Ambas lecciones se basarían en el “sentimiento de culpabilidad colectiva por las atrocidades de la guerra”.¹⁰ ¿En qué medida es este un discurso artificial e impuesto? ¿Ha arraigado en valores y actitudes similares en distintas generaciones?

La principal limitación metodológica de las encuestas para analizar la memoria histórica reside en ignorar la trayectoria biográfica y las redes sociales de los entrevistados. Ambas variables resultan claves. En concreto, la experiencia directa y la transmisión oral del pasado han demostrado mayor credibilidad e impacto en la memoria histórica que cualquier discurso o monumento oficiales. Además, los encuestados tienden a adoptar la visión del pasado más homologable o neutra, por deseabilidad social. Esta distorsión se agrava en pasados recientes marcados por la tragedia, cuando recordar

⁵ Colomer, J. M.: *La transición a la democracia: el modelo español*. Anagrama, Barcelona, 1998.

⁶ Pérez Garzón, J. S.; Manzano, E.; López Facal, R. y Riviere, A.: *La gestión de la memoria*. Crítica, Barcelona, 2000.

⁷ Colomer, J. M., 1998

⁸ Navarro, M.: *Bienestar insuficiente, democracia incompleta*. Anagrama, Barcelona, 2002.

⁹ Buck, M.: “Myths of moderation: Confrontation and conflict during democratic transitions”, *Comparative Politics*, 29(3). 1998, pp. 305-322.

¹⁰ Aguilar, P.: “Justicia, política y memoria: Los legados del franquismo en la transición española”. *Estudio/Working Paper*, 163. Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones, 2001, p. 13

implica afrontar ciertos traumas. Estas objeciones metodológicas, cobran relevancia cuando se reconoce la ausencia de debate público y mediático sobre nuestro pasado más conflictivo.¹¹

Sobre otras temáticas hemos venido aplicando historias de vida, que relacionan el consumo de medios y la socialización política en varios países, generaciones y clases sociales. Pedimos a los participantes que reelaboren discursivamente su pasado, rememorando mensajes o contenidos de cualquier medio de comunicación que vayan asociados a ciertos recuerdos y valoraciones. Seleccionan los que “les han marcado” en el pasado y se describen en el presente como actores sociales que “tomaron parte” o, simplemente, “asistieron como espectadores” al devenir de sus sociedades. Al tiempo, califican los medios y el sistema político. Así revelan sus presupuestos sobre qué significan la democracia y la dictadura y qué papel creen haber jugado en esos periodos: espectadores o protagonistas; y más en concreto, espectadores ilusionados o descreídos, protagonistas principales o secundarios.

Los relatos recogidos en España y Brasil, países con transiciones políticas recientes,^{12 13} revelaron un hallazgo muy importante, frente a los datos de Estados Unidos.¹⁴ Durante los momentos de cambio político, los medios de comunicación pueden ayudar a difundir ciertas “lecciones cívicas”, indispensables para allanar la llegada de la democracia. Identificamos algunos “*public events*”, en terminología del antropólogo Dan Handelman: determinados acontecimientos que jalonan la memoria histórica, funcionando como “focos de procesamiento de información constituidos culturalmente”. Se convierten en “herramientas del recuerdo”, momentos que le sirven a una sociedad para pensarse a sí misma.¹⁵ Cuando son objeto de una cobertura mediática masiva se convierten en “*media events*”,¹⁶ donde podemos identificar los mitos, ritos y símbolos que condensan la memoria histórica y determinados valores cívicos.

En trabajos previos con estudiantes universitarios de España y Brasil descubrimos que, al hilo de la cobertura de determinados sucesos, los medios les habían transmitido *tres lecciones cívicas*: a) acomodar sus expectativas de cambio, b) negar una vuelta al pasado y c) fijar las limitaciones de la democracia. La literatura especializada destaca esos tres elementos como imprescindibles para toda cultura política inmersa en una transición democrática. Una incipiente democracia no soporta esperanzas de cambio

¹¹ Del Águila, R. y Montoro, R.: *El discurso político de la transición española*. CIS-S.XXI, Madrid, 1984 y Navarro, M.: *Bienestar insuficiente, democracia incompleta*. Anagrama, Barcelona, 2002.

¹² Sampedro, V.: “Popular audiences, commercial media and citizenship”. Ponencia presentada en el congreso anual del *National Communication Association* (NCA), Chicago, Illinois, EE.UU., 1999, noviembre.

¹³ Sampedro, V.; Barnhurst, K. y Cordeiro, T. (en imprenta): La edad de la inocencia. Medios comerciales y jóvenes ciudadanos. En V. Sampedro (Ed.): *La pantalla de las identidades*. Medios de comunicación, políticas y mercados de identidad. Icaria, Barcelona.

¹⁴ Barnhurst, Kevin G.: “Political Engagement & the Audience for News: Lessons from Spain”. *Journalism & Communication Monographs*, 2, (1). S.C.: AEJMC, Columbia, 2000.

¹⁵ Schudson, M.: *Watergate in American History. How We Remember, Forget and Reconstruct the Past*. Basic Books, Nueva York, 1992, p. 14.

¹⁶ Katz, E.: “Media events: the sense of occasion”, *Studies in Visual Anthropology*, 6. 1980, pp.84-89.

radical y vertiginoso, ni estar sometida a retrocesos constantes, ni ser considerada como la panacea de todos los problemas.¹⁷

Las historias de vida de los universitarios indicaban que estos tres ejes discursivos eran los macro-temas básicos de sus relatos. Se mostraban como protagonistas de los acontecimientos narrados por los medios durante la transición. Este aprendizaje les habría dotado de la competencia necesaria para considerarse sujetos activos en sus jóvenes democracias. A efectos comparativos, decidimos recoger nuevas historias de vida entre poblaciones de menor estatus socioeconómico y centradas en la memoria histórica reciente. Incorporamos también a la variable generacional. Hemos recabado 20 historias de vida entre adultos (ocho de ellas orales, el resto escritas) y 19 entre jóvenes adultos (seis orales) que viven en un pueblo mediano de Castilla-León (Lerma, Burgos). La edad media de los adultos era 47 años y la de los jóvenes, 24; los primeros votaron por primera vez en las elecciones constituyentes de 1977 y los segundos, en las elecciones de 1996 que otorgaron el triunfo al PP. Podríamos considerar ambos grupos como generaciones de padres e hijos, aunque no existan relaciones paterno-filiales entre ellos. Todos los sujetos pertenecen a la clase media-baja o baja, y cuentan con escasa cualificación educativa y laboral.

El material empírico que ofrecemos no puede arrogarse la representatividad de toda la población española. Pero ofrece actos de habla de dos grupos generacionales homogéneos. Las zonas rurales que habitan y las posiciones socioeconómicas que ocupan sí son compartidas por amplias audiencias; hasta ahora desatendidas y desoídas, en los estudios de recepción de medios y de la memoria histórica. Es la primera vez, según nuestros datos, que se analizan estas voces, que, como veremos, guardan enormes distancias respecto a las de las elites institucionales y mediáticas. La coherencia y reiteración de los rasgos discursivos que hemos encontrado nos asegura que el número de documentos analizados es suficiente para alcanzar el nivel de saturación propio de esta metodología. Los breves cuestionarios que acompañaban el protocolo de las historias de vida, nos permiten relacionar los discursos con algunas variables como el género, la autoubicación ideológica, el consumo preferente de algunos medios, etc. Tras analizar los documentos de la generación adulta no centraremos en los jóvenes.

III. Miedo, “nunca más” y desencanto

Los tres ejes discursivos que habíamos encontrado en los trabajos previos con individuos de mayor estatus educativo y social aparecen ahora muy modificados. El primer eje lo constituyen los miedos (no tanto las expectativas) sobre el advenimiento de la democracia. El segundo eje es la negación del pasado bajo la frase “nunca más”. Pero este “nunca más” se ha centrado prioritariamente en la guerra civil (no tanto en la dictadura), funcionando como referente moral en todos los relatos. El tercer eje condensa una visión pesimista y desencantada (no tanto realista o pragmática) de los límites de la democracia.

En la generación adulta las *expectativas* originadas por la muerte del dictador aparecen eclipsadas por *el miedo y el desconocimiento* con el que los participantes vivieron los

¹⁷Przeworski, A.: *Democracia y mercado*. Cambridge University Press, Cambridge, 1995 y Diamond, L.: *Developing Democracy. Toward Consolidation*. Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1999.

acontecimientos. Encontramos afirmaciones como: “se respiraba la esperanza de algo nuevo” (Paula, 48) o “pensaba que todo iba a dar un cambio de 360 grados” (Jorge, 48). Pero prima lo que hemos llamado la *cronología del miedo*. La constituyen unos “*public events*” encadenados que, como ya indicamos, focalizan la memoria. De hecho son “*media events*”,¹⁸ momentos de rituales colectivos, gracias a la transmisión en directo a través de la televisión o la radio. La cronología del miedo impregna casi todas las reacciones ante los siguientes acontecimientos: el proceso de Burgos, las muertes de Carrero Blanco y de Franco, las tomas de postura del rey y de Adolfo Suárez, los asesinatos de Atocha y la intentona golpista del 23-F.

El proceso de Burgos aparece mencionado en tres de los veinte relatos. Todos reconocen su ignorancia del significado de los hechos, de los que algunos fueron testigos directos: “Presenció una manifestación frente a capitanía, en Burgos, a la que acudí por casualidad, no sabía lo que pasaba. Después de unos años escuchando la radio [...] me enteré de que se trataba del famoso caso de Burgos, pedían la muerte para unos de ETA. Entonces no sabía lo que era...” (María, 48). “En aquel momento ni me enteré, lo que ahora parece extraño, viviendo a tan sólo a unos kilómetros” (Concha 45). Ni la proximidad geográfica ni siquiera la participación en manifestaciones de apoyo al régimen ayudaron a entender una de las grandes crisis del franquismo, que condujo al enfrentamiento con la Iglesia e, incluso, a cierta fragmentación del ejército.¹⁹ Ninguna referencia a esto figura en los relatos, como tampoco a la oposición de la opinión pública internacional (incluido el Vaticano). Carentes de este contexto interpretativo, los medios censurados no pudieron alimentar ni anular esperanza alguna de reformas.

La muerte de Carrero Blanco truncó de raíz el deseo de Franco de controlar su sucesión.²⁰ Es otro momento que podría haber suscitado expectativas de cambio. Agregando actos de habla surge un discurso que se reconoce plagado incomprensión (era el primer atentado de ETA con tal alcance). “Otra noticia que me impactó fue el asesinato de Carrero Blanco [...], el impacto no fue su muerte, sino mi ignorancia, porque pregunté ¿quién es ese señor?” (María 48). Otras participantes manifiestan confusión, miedo y susto: “Recuerdo el asesinato de Carrero Blanco [...] me dio mucha impresión, había mucha confusión” (Marisa 47); “[...] vivimos esos hechos con mucho miedo y sin saber muy bien de qué iba la cosa” (Carmen 48).

La mayoría de los entrevistados ignoraban la identidad de la víctima y de los verdugos y carecen de implicación política y de información: “Los hechos como la bomba puesta a Carrero o similares no tenían para nosotros gran interés; por un lado, no militábamos en ningún partido y, por otro, no entraba la prensa en casa” (Paula, 48). De ahí que el atentado no cobre significado político alguno, excepto para Alfredo. Socializado políticamente en una huelga industrial, expresa sus esperanzas: “Hay que decir que muchos nos alegramos de ver desaparecer a aquel hombre que era más franquista que Franco [...], siempre pensé que aquel acontecimiento era bueno para el país”.

El nudo narrativo central y clímax emocional de la cronología del miedo es la muerte de Franco. Figura en todas las historias de vida, también en las de los jóvenes, aunque como veremos de forma muy distinta. Los adultos, lejos de expresar esperanzas democráticas, inundan de nuevo sus testimonios con términos como “incertidumbre”,

¹⁸ Katz, E.: “Media events: the sense of occasion”, *Studies in Visual Anthropology*, 6. 1980, pp.84-89.

¹⁹ Powell, Ch.: *España en democracia, 1975-2000*. Plaza y Janes: Barcelona. 2001.

²⁰ Ídem

“miedo”... en un *crescendo* que alcanza el “pánico” y el “miedo terrorífico”. “Fue una época de absoluta incertidumbre, tenía miedo, el cambio parecía posible, pero claro, no se sabía ni lo que iba a ocurrir al día siguiente” (Carmelo 49). Las expresiones empleadas cobran un alto dramatismo: “[...] el caso es que murió diciendo dejar todo atado, todos teníamos pánico” (Francisco, 48), “yo lo viví en la mili [...] el caso es que la gente estaba en el aire con un miedo terrorífico” (Juanjo, 47). La emocionalidad llega a provocar el bloqueo de la memoria: “estaba en la mili y nos tuvieron acuartelados, [...] parece mentira pero no me acuerdo bien de ese momento de mi vida” (Manuel, 49). Las reflexiones más sofisticadas, en lugar de cambio, esperan continuidad: “lo curioso es que yo pensé que no iba a pasar nada: ni otra guerra, ni cambio; sino otra derecha que continuase con la dictadura” (Jorge, 48). Pareciese que los medios hubiesen transmitido una imagen de perdurabilidad eterna del régimen alimentando los miedos “guerracivilistas” tras la muerte del dictador, incluso entre quienes no habían vivido la contienda civil.

El monarca catalizó nuevas expectativas, que comienzan con la ceremonia de proclamación ante las Cortes en 1975 y continúan hasta su aparición televisiva tras el golpe de Estado. El rey había jurado fidelidad a las Leyes Fundamentales del Reino y al Movimiento Nacional, hecho que no menciona nadie. Pero el cambio de liderazgo se encarna en la juventud de Juan Carlos: “cuando el rey fue coronado [...] iba vestido de militar. A pesar de tanto viejo y tanto franquista sentí que algo había cambiado” (Paz, 43). Simboliza una nueva forma de hacer política, calificada ambigüamente de “civilizada”: “Llegó la transición de forma civilizada, promovida y moderada [...] por Adolfo Suárez y el rey” (Begoña, 49). Aunque también es vista como un proceso precario e inestable: Sol, de 45 años, relata así su experiencia: “Recuerdo en casa, con unos amigos de mis padres [...] cuando estaban en las Cortes los reyes [...] y dijeron: ya ha llegado Juan Carlos El Breve. Ya veremos cuanto dura, porque aquí va a volver otro como el que se ha ido”. El rey encarna al mismo tiempo la continuidad y el cambio. Es una fuente de seguridad que, aunque vulnerable, cobra fuerza en las referencias a su papel en golpe de Estado de 1981: “[...] ahí gracias a que intervino el rey” (Valentín, 49). Sol vivió el golpe con “sensación de angustia [...] hasta las 2 de la mañana, cuando salió el rey”.

Adolfo Suárez es la siguiente figura en la que todos los participantes proyectan esperanzas democráticas. Encarna al padre de la transición, que acaba siendo devorado por la misma. “Recuerdo la figura de Suárez, yo creo que fue él más que el rey el que vio que algo había que cambiar, que el país no podía seguir así. Y luego al final tuvo que dimitir” (Jorge, 48). Se reconoce la pareja del rey-Suárez como artífices del cambio político aunque el protagonismo del segundo parece más relevante: “Porque a Suárez le tocó bailar con la más fea, porque las pasó muy mal” (Lola, 49 años). Su dimisión repentina (y forzada, aunque nadie lo diga) como Presidente de Gobierno abrió de nuevo la puerta al miedo: “La dimisión de Suárez fue un momento de incertidumbre para mí, yo no sabía muy bien lo que pasaba, pero tenía miedo de que las cosas no fueran bien” (María, 48).

La transición fue percibida como un proceso incierto y reversible, siempre sujeto a las amenazas de involución del *búnker*. No es la violencia de ETA si no la de la extrema derecha, la más citada. Destacan los asesinatos de los abogados laboristas de Atocha y la intentona golpista de 1981. Los primeros provocaron “confusión y rabia”. Diluyeron las expectativas de cambio, a pesar de que el entierro pacífico constituyó la primera manifestación tolerada del Partido Comunista. Alfredo de 49 años comenta:

“fue una época de mucha incertidumbre [...] ¡cómo se pudieron cargar a cinco o seis personas, gente que defendía su trabajo!”. Jorge de 48 años revela que los asesinatos removieron recuerdos de la represión política anterior: “me impactaron enormemente los cientos de puños en alto [...]. Te da mucha rabia, porque sí, siempre han sido los mismos”. Estas citas aparecen sólo en los relatos de los informantes más politizados, que se identifican como de izquierdas.

El 23-F, en cambio, figura en casi todas las narraciones como el fin del cambio y, como en ningún otro momento, surge el discurso del miedo “...otra vez el miedo se volvería a meter en las personas, pues unos esperpentos intentaron un fallido golpe de Estado” (Paula, 48). “Es uno de los momentos que recuerdo con más angustia, [...] una sensación de desamparo horrible” (Concha, 45). Sólo dos historias de vida, cuyas protagonistas se posicionan en la derecha ideológica, niegan haber sentido miedo: “España en esa época estaba muy requetemal [...] Yo lo viví: a cerrar mi casa y a ver lo que pasaba. Ni miedo ni nada” (Lola, 49). “Me acuerdo del golpe de Estado [...], estaba con mis niños y mi marido esperando a ver qué pasaba” (Emiliana, 49). La pasividad ante los acontecimientos políticos más críticos, con mayor peligro de involución, vuelve a ser la nota dominante. Esa pasividad respondía a la parálisis del miedo entre los demócratas y a la indolencia de los más afines al régimen anterior, esperanzados con el retorno a la “normalidad”.

En suma, el hilo narrativo de la dictadura y la transición es una cronología del miedo, evocada a través de ciertos sucesos con gran impacto mediático. El miedo y la incertidumbre son las impresiones más presentes, y se transforman en expectativas de cambio, cuando aparecen en el escenario político el rey o Suárez. Las dos figuras simbolizan continuidad y transformación. Sus vicisitudes son vividas con creciente angustia. Y cuando fueron cuestionados, los españoles que hemos analizado se consideraron sujetos pasivos del devenir de la transición y permanecieron inertes, presas del miedo.

J. Álvarez Junco señala que la guerra civil fue el único acontecimiento que, tras la Guerra de Independencia, tuvo un impacto de dimensiones suficientes para marcar la identidad nacional española en todos y en cada uno de sus pueblos.²¹ Ocupa, sin embargo, un lugar conflictivo y contradictorio en nuestra memoria histórica. El segundo eje vertebrador que identificamos es la negación del pasado, bajo la forma del *nunca más*, centrado en la guerra civil, que marcó la conciencia pública de la transición.²² Esta sombra aparece desde el asesinato de Carrero Blanco, planea sobre la muerte del dictador y dura hasta el golpe de Estado: “...tengo grabada la noticia de Carrero blanco. Hubo una vecina que había vivido la guerra y me dijo: estamos perdidos [...]; oye, que se prepara otra guerra” (Emiliana, 49); “Ahora otra guerra decíamos” (Francisco, 48); “cuando se murió [...] la gente tenía miedo a la guerra que hubo” (Valentín, 49). Durante el 23-F, el rey y algunos políticos conjuraron, hasta cierto punto, ese miedo: “nos trasmitían tranquilidad y esperanza de que no nos iban a montar otro 36” (Paula, 48), “yo decía ahora otra guerra o algo, [...] me acuerdo de Suárez y del Mellado, hicieron muy buen papel” (Irene, 49).

A diferencia de las historias de vida recogidas entre universitarios, la negación del pasado afecta, sobre todo, a la guerra civil, pero no (al menos de forma explícita) a la

²¹ Álvarez Junco, J.: *Mater dolorosa. La idea de España en el s. XIX*. Taurus, Madrid, 2002.

²² Aguilar, 1996

sublevación armada que le dio origen, ni a la dictadura de los siguientes cuarenta años. La memoria oficial franquista parece haberse implantado, primero, con un régimen de terror (que todos los entrevistados recuerdan por relatos de círculos próximos, nunca de los medios). Posteriormente arraigó a través del sistema educativo (que todos los entrevistados critican en las figuras de maestros y religiosos autoritarios). Y se perpetúa en el discurso del “consenso”, justificado por la posible reiteración de la “guerra fratricida”. La atrocidad de la guerra civil y de la represión posterior, se apoya sólo en contados testimonios personales, transmitidos en familia. La dictadura es criticada no por la falta de libertades civiles, si no más bien de autonomía personal: desde la escasez material, hasta el autoritarismo de la escuela y la iglesia. La transición pactada es asumida porque el umbral de expectativas es bajo y el miedo a rebasarlo muy alto.

El consenso fue coreado por todos medios de la transición²³ en cada uno de los momentos de la cronología del miedo que antes señalamos. Ese consenso tendrá unos costes que después indicaremos, pero que ningún entrevistado señala. La aceptación de la memoria franquista no es, sin embargo, total. Se reconoce su carácter selectivo y artificioso. Paula temía durante el 23-F, según la penúltima cita, que “*nos iban a montar otro 36*”. Para ella, igual que para todos los participantes de su generación, la guerra, la dictadura y la transición “la montaron” otros, casi como si se tratase de una obra de teatro. A la salida del teatro, por continuar la metáfora, apenas pudieron escuchar a quienes sufrieron el recorte de libertades de la dictadura y los límites del consenso.

Estamos ante una generación no interesada en la revisión ni en la revancha histórica, quizás porque identifica ambas cosas. Conscientes de los silencios y las injusticias cometidas, renuncian a “volver la mirada atrás”, porque “no acabaríamos nunca”. Jorge, de 49 años, combina la denuncia de la injusticia histórica con el pragmatismo: “no se ha hecho justicia, ni además creo que ni se vaya a hacer. Sería levantar otra vez la liebre, y no acabaríamos nunca [...] después de la dictadura [...] lo normal es que [...] se hubiese hecho justicia, pero no sé si se hubiese terminado esto nunca.” La guerra civil se convierte en referencia moral y emocional decisiva de la transición.²⁴ Pero impone los miedos a las esperanzas democráticas, el olvido selectivo al recuerdo. El franquismo aparece, entonces, como una realidad inevitable que “tocó vivir”. No conocían otro régimen político, ni vital ni mediáticamente: “yo durante el franquismo no noté que fuera una dictadura [...], no conocía otra forma de gobierno” (Marisa, 47).

La literatura más citada^{25 26} señala que ha prevalecido la percepción de la guerra como una tragedia inevitable, con la culpa repartida equitativamente. Cabe argumentar que la inevitabilidad se extiende a cuarenta años de dictadura y que en nuestras historias de vida la equidistancia entre “nacionales y “rojos” se manifiesta sólo en los sujetos autoubicados ideológicamente en la derecha. No encontramos un solo relato que avale la sublevación franquista como “necesaria”, tal como sostenía la dictadura en su comienzo. Ni aparece la legitimación del régimen “por su gestión de paz y progreso” en

²³ Bischoff, H.. *Die Spanische Presse im Redemokratisierungsprozess*, Studienverlag Dr. N.Brockmeyer: Bochum, 1986.

²⁴ Pérez Díaz, V.: “La emergencia de la España democrática”, *Claves*, 13. 1991, pp.62-80.

²⁵ Ídem.

²⁶ Aguilar, 1996

años posteriores.²⁷ El franquismo queda ensombrecido en comparación con el bienestar actual. Las tesis de Aguilar y Pérez Díaz quizás sean válidas sólo para las generaciones que hicieron la guerra (y que pudieron permanecer en el país), así como para gran parte de la clase política que condujo la transición. Quienes comenzaron a votar en 1977 tampoco suscriben la argumentación que, supuestamente, allanó la transición, pasando del “*todos tuvimos la culpa* [de la guerra civil] al *ninguno fuimos del todo culpables*”.²⁸

La mayoría de los adultos sufre la falta de un marco mediático crítico sobre las “culpas y responsabilidades” con información más reciente: “He visto reportajes en la televisión donde contaban lo mal que Franco se lo hizo pasar a personas que en aquella época estaban comprometidas y luchaban contra el sistema, a la cantidad de personas que llevó a la cárcel, al exilio y a la muerte. Pasó así de ser el Generalísimo a ser el Dictador y una persona muy odiada por muchos y recordada por unos pocos (yo creo que cada vez menos)” (Pilar, 44). Obsérvese, sin embargo, la ausencia valorativa de la participante, que habla en voz pasiva indeterminada de Franco, “pasó así de ser... a ser”, como si fuesen etiquetas impuestas por entes ajenos o al azar.

Podemos, por tanto, hablar de una memoria amputada, primero, por la propaganda del régimen; después, por el discurso pactista de la transición y, sólo en los últimos años, paliada por algunos intentos revisionistas con impacto mediático. Sin embargo, en este grupo de edad las referencias a programas o contenidos mediáticos concretos son muy escasas. Y se detectan fisuras importantes en la memoria oficial que primó durante el franquismo y la transición.

Como último eje discursivo destacan los recuerdos asociados a los medios que demuestran que *la democracia no es la panacea*. La corrupción, los déficits democráticos y la manipulación mediática constituyen los nodos de este macro-tema. Encontramos declaraciones como: “nunca imaginé la verdadera realidad de la política [...], me han decepcionado” (Begoña, 49). “Sólo hay corrupción, se llevan el dinero que pueden” (Valentín, 49), “ves todo lo que ha pasado con Gescartera, que hacen lo que quieren y aquí nadie dice nada [...] es todo tan desproporcionado e injusto” (Jorge, 49).

El clímax de expectativas democráticas surge siete años después de la muerte del dictador, coincidiendo con el triunfo socialista en 1982. Aunque pronto llegaría la “decepción”. “Fue un momento emocionante en mi vida. [...] lo viví con mucha ilusión [...]. La verdad es que las cosas cambiaron, pero no como yo esperaba y poco a poco se fueron convirtiendo en una auténtica decepción”. (María, 48). “Yo toda la vida he votado al PSOE, me acuerdo lo que fue para la gente como nosotros el 82, y luego te das cuenta de que da lo mismo la izquierda que la derecha, que al final todos favorecen al capital” (Jorge, 48). En suma, el desencanto, término muy manido en referencia a los primeros tiempos de la transición, tuvo lugar entre nuestros informantes muy tarde, tras constatar la política practicada por la primera generación de gobernantes sin vínculos con la dictadura.

Los medios de comunicación sufren una devaluación similar. En un comienzo, juegan un papel cognitivo clave, identificado con el advenimiento democrático: “todo cambió cuando llegó la democracia, pudiéndonos informar, contrastar puntos de vista...” Pero ese optimismo, que explica las grandes tiradas de las revistas políticas de la transición, da paso a una visión desencantada. La pluralidad de enfoques o, más bien, el partidismo

²⁷ Ídem, p. 57

²⁸ Ídem, p. 286

mediático, crean confusión respecto a una vida política de la que se sienten alienados: “es un mundo muy complejo, porque la misma noticia que sale en *El País* sobre un hecho, sale distinta en *El Mundo*. Entonces eso te cabrea y te líaa” (Manuel, 49). La ignorancia, antes debida a la censura y a la manipulación, da paso a la incompreensión.

Los recuerdos asociados a los medios conforman un mapa cognitivo de mitos, ritos y símbolos históricos, con los completamos el análisis. Adolfo Suárez y el rey encarnan los principales mitos en los que los ciudadanos proyectan esperanzas de cambio, aunque inestables e ambiguas. No infunden recelos, ya que en ningún caso se les identifica como un ex-gobernante de Franco ni como el sucesor designado por el dictador. Las primeras elecciones constituyen el rito fundacional de la democracia: “las primeras elecciones fueron realmente importantes en mi vida, como lo siguen siendo ahora. Fue el momento en el que fui consciente de la llegada de la democracia y del fin de régimen de Franco. Todavía hoy me estremezco al oír el *Habla pueblo habla*” (Paula, 48).

Los episodios históricos más trágicos y traumáticos, conmemorados mediáticamente cada año, cobran un significado ritual: exorcizan (no explican y, quizás, tampoco desactivan) los miedos que provocaron: “recuerdo el 23-F [...], cada año cuando lo vemos por la tele me acuerdo muchísimo de aquel día” (Irene, 49); “recuerdo mucho el asesinato de la calle Atocha [...], he visto muchas veces las imágenes por televisión” (Alfredo, 49). Ninguna de estas afirmaciones avala un papel más activo que el de espectador. Finalmente, si la guerra civil es el símbolo del “nunca más”, la Constitución simboliza la reconciliación nacional. “El final de esta época tan oscura vino definitivamente con la aprobación de la Constitución. Después de tanto tiempo, todos los partidos se pusieron de acuerdo y, por fin, pudimos dormir tranquilos” (Concha, 45).

Constamos la presencia de simbolismos y rituales que permiten la emergencia de una cultura política favorable a la democracia.²⁹ Pero la cita anterior nos permite matizar la sociedad civil emergente. La Constitución, considerada piedra fundacional de la democracia, significó “por fin” la unanimidad partidaria. No surgió de la desactivación del *búnker*, si no porque el partidismo no desembocó en puro faccionalismo, como argumentaba la dictadura. Los ciudadanos ajenos al debate político celebraron la posibilidad de “dormir tranquilos” bajo el paraguas constitucional. Esta es una constitución que no se entiende como proyecto abierto a nuevas posibilidades personales o colectivas. El régimen democrático aparece como un edificio culminado y no como un punto de partida para ser desarrollado mediante la participación ciudadana.

IV. Maniqueísmo, amnesia e indiferencia

Los jóvenes, que bien podrían ser hijos de los anteriores participantes, apenas tienen o incluso carecen de información personal o mediática sobre la dictadura y la transición. Consideran esos períodos como remotos, teñidos con la patina de “épocas ya pasadas”. “Ve el franquismo como el paleolítico, el homo sapiens, la edad media, la revolución francesa y todo eso que se estudia y de lo que hablan los documentales de la televisión” (Bea, 23). Sorprende que la transición como “historia ya pasada”, a pesar de su proximidad temporal y fuerte legado en la actualidad. Excepto en los contados casos en los que hubo memoria crítica transmitida en las familias, las evaluaciones del pasado que realizan los jóvenes están caracterizadas por el simplismo maniqueo, la amnesia

²⁹ Pérez Díaz, 1991.

sobre las tragedias de la guerra civil y de la dictadura, y por un escepticismo generalizado ante las posibilidades de la democracia. Asistimos a una transformación radical de los tres ejes que se identificaban con claridad en el grupo de adultos.

En lugar de datos y hechos, prima la *dicotomía malo-bueno*: una polaridad maniquea que expresa posicionamientos sentimentales, apenas argumentados. El miedo que sintieron las generaciones anteriores resulta una incógnita: "¿cómo una persona que era tan mala provocó esa especie de angustia que vivió el país, cuando Franco se murió?" (Mariano, 24). La solución *ex machina* de todos los problemas aparece en la estereotipada visión del marco constitucional: "a raíz de la Constitución pues que todo fue mucho mejor para todo el mundo, como quien dice" (Roberto, 25). Ni el rey ni Suárez cobran el rol protagónico que les adjudicaba la generación anterior en una narrativa histórica que aparece muy devaluada.

Las evaluaciones generacionales sobre los periodos históricos varían según los términos de comparación. Los adultos del epígrafe anterior no valoraban positivamente ni el franquismo (comparado con el presente que viven sus hijos) ni los resultados de la transición (comparada con las ilusiones despertadas en 1982). Los jóvenes recogen esta herencia extraída de los medios y de sus mayores. Valoran positivamente el presente, aunque ni las diferencias ni las razones resulten claras. La transición parece haber dado lugar a "algo mucho mejor", a veces identificado simplemente con el bienestar: "porque comparas como estaba antes el país y lo ves ahora y es mucho mejor la democracia" (Juan, 26); "casi todo el mundo que lo ha vivido me ha dicho que se vive mejor ahora" (Eduardo, 24). El franquismo, en contraste, tan sólo merece el calificativo de "malo": "ha sido una época muy, muy mala" (Esteban, 26); "fue una época malísima, terrible para el país [...] la democracia fue lo mejor que le ha ocurrido al país" (Rebeca, 23).

En los relatos no figuran datos, nombres propios, fechas, ni apenas acontecimientos mediáticos rememorados. "La violencia", "el temor a ser apresados, maltratados o incluso asesinados", "la falta de libertad"... son invocados como rasgos del franquismo. Pero sólo un relato identifica el régimen con "el nazismo, la cruz gamada y todo eso" (David, 23). También sólo un recuerdo, transmitido por vía paterna, permite invocar la existencia de "fosas comunes" de represaliados, todavía por desenterrar. El resto de referencias históricas, recogidas por vía directa de los mayores, se reducen a expresiones tan vagas y estereotipadas como: "ahora vivís bien y no con Franco." (Bea, 23).

Las generaciones anteriores transmitieron a los jóvenes una herencia histórica contradictoria. Por una parte, sin aportarles conocimientos críticos precisos, les insisten en las ventajas del presente. Por otra parte, les legan una auto-imagen de incompetencia política y una actitud pasiva. No comparten la misma memoria histórica, pero sí la posición de espectadores ante los procesos históricos. El pasado, plagado además de silencios mediáticos, aparece así incomprendido e incomprensible. La escena más repetida entre los jóvenes es "el aniversario de su muerte [de Franco]. Me impresiona la imagen de ese periodista [Arias Navarro, nombre que nadie cita] llorando" (Laura, 23). Otros ven tan sólo a "un señor diciendo: Franco ha muerto" (David, 23), rememorando recreaciones paródicas (*CQC* o *Torrente II*) que provocan desconcierto y risa: "No tengo muy claro qué sensación me produce, pero para mí es un poco cómico e inexplicable" (Nuria, 25). La reacción más sofisticada al visualizar estas imágenes conmemorativas no supera el tono sentimental: "Cuando cada 20-N lo veo, siento alivio y que algo cambió ese día en la vida de todos sin que lo supieran" (Ángel, 24).

Ángel también emite una queja sobre las limitaciones informativas, fruto del consenso que renunció a valorar el pasado: “me sorprende mucho cuando todos los 20-N en los documentales sobre la vida de Franco se le trata con tanto respeto a alguien que se pasó por cierto sitio al pueblo”. El extrañamiento respecto a ese pasado, se resume en su frase final: “me entristece que la verdad sea tan difícil de encontrar. De entrada no creo ni una sola palabra de muchos medios de comunicación”. La dificultad de establecer una visión completa y coherente genera un total descreimiento. Otro participante señala los riesgos de la ausencia de una memoria oficial y mediática claramente crítica con la dictadura: “los únicos que me han hablado del franquismo son precisamente unos amigos que tengo que son franquistas. Parece que sólo hablan los de su cuerda” (Víctor, 24).

La negación del pasado es el siguiente eje, aunque aparece en menor medida que en el grupo de adultos. El “*nunca más*” de la guerra civil sólo aparece en tres de las diecinueve historias de vida recogidas. Y no es enunciado en primera persona, si no por personajes ajenos (los familiares y, sobre todo, los padres). Nuria (25) escribe sobre el miedo que sintieron sus padres el 23-F: “Mucha gente creyó entonces que podría haber otra guerra y, por eso, cuando lo recuerdan, hablan del miedo con el que pasaron esa noche [...] sólo espero que sea siempre historia”. El “nunca más” carece de contenido exacto y, referido a la guerra, se apoya en formulaciones estereotipadas: “Si tienes un fracaso estrepitoso, lo mejor que puedes hacer es recordar para no volver a cometerlo” (Mariano, 24). Únicamente los calificativos introducen variaciones: “La guerra civil fue tan horrible que sólo podemos desear que nunca vuelva a suceder algo así” (Nacho, 26). Esta posición es semejante a la de la generación anterior: “sólo podemos desear”. No encontramos expresiones como “debemos trabajar y participar para impedir la repetición de ese pasado”. Los fracasos históricos, aunque incomprensidos, se esgrimen como un exvoto que pudiese conjurar su repetición.

La imagen de una España normalizada, asentada en un pasado conflictivo que ya parece remoto, ha permitido al país dibujarse a sí mismo como pacífico y ansioso de diálogo.³⁰ Este discurso, transmitido por los medios, presenta la guerra y la dictadura como “historia ya pasada” que apenas tiene relación con la actualidad “¿Cómo en el país en el que vivo yo pudo haber una guerra?” (Mariano, 24). “No lo doy más importancia. Lo veo como algo que forma parte del pasado, igual que otros acontecimientos de la historia” (Juan, 26). La incomprensión conduce a la irrelevancia. Los cuarenta años de dictadura parecen identificarse “con los curas y el ejército”: un régimen castrense y católico, poco más. La transición aparece referida en sus momentos más álgidos, como instantes fugaces, nunca explicados en casa y apenas profundizados por los aniversarios mediáticos. Así, las figuras de la transición están ausentes (Adolfo Suárez) o resultan incomprensibles: “Tampoco entiendo el sentido de la monarquía después de una dictadura. No creo que dar de comer a nadie sea nuestra función” (Ángel, 24). En suma, la guerra (como punto de referencia moral y emocional), el franquismo (como objeto de rechazo) y la transición (como logro colectivo) se han ido diluyendo en un pasado que a estos participantes parece que no les pertenece ni atañe.

El extrañamiento del pasado inmediato borra el último eje discursivo de los *límites de la democracia*; que más bien se identifican con los *límites de (toda) la política*. Sorprende que dictadura y democracia converjan en la descalificación global de un sistema político-informativo indistinto. Los “poderosos” y los periodistas son objeto de denuncia conjunta: “no creo mucho en la política como tampoco en los medios [...], ya

³⁰ Pérez Díaz, 1991.

se sabe que los medios dicen lo que quieren en función de quien tenga el poder" (Laura, 25). A lo que añade Ana (23): "Sería interesante saber por qué se ha hablado tanto y se habla tampoco del franquismo en este país, quizás sea porque es algo ya pasado, o quizás sea porque a los poderosos de este país no les interesa". Es importante señalar, la hilo de esta última cita, que el descreimiento no está reñido con cierto interés por conocer la "verdadera" memoria histórica, frente a los "intereses" que se le oponen.

La equiparación de los medios de comunicación y los representantes políticos, de antes y de ahora, conduce a una descalificación contundente. "Los políticos y los medios no trabajan por el pueblo, sino que lo hacen en función de sus intereses" (Ángel, 24). "Cada partido que llega al poder secuestra la televisión" (Esteban, 26). De ahí que David (23) afirme: "Siempre que veo algún documental cojo el mando y cambio. Así que si han puesto o pusieran alguno del franquismo, yo no lo vería". La indiferencia y la impermeabilidad parecen consecuencias lógicas.

Por último, la equivalencia y continuidad entre dictadura y democracia, convierte el hecho de nacer en la última en cuestión de azar. "No veo tanta diferencia con la democracia, sigue siendo igual pero con distinto nombre. Siempre son los mismos los que tienen el poder" (Víctor, 24); "Todos los políticos son unos chupatintas y eso no ha cambiado" (Juan, 26). "Al fin y al cabo se ha demostrado que los políticos en cuanto pueden barren para casa. Y, si te tengo que hablar de los medios de comunicación, creo que están igual de corruptos que los políticos" (Tomás, 24). Estos son los argumentos que recogía el CIS como el discurso social dominante a mediados de la década de 1990, justo cuando la crispación político-mediática producía una depresión cívica sobre las posibilidades de la democracia.³¹

Los jóvenes esbozan conjeturas conspirativas, acordes con su desconfianza. No pueden suplir de otro modo la ausencia de conocimiento, de revisiones críticas y de una cultura de la participación democrática. Así resulta imposible evaluar la calidad de la democracia actual. Los medios les han transmitido una historia de progreso y modernización que, primero, no acaba de materializarse en sus vidas. No son capaces de ligar el presente a las limitaciones sociopolíticas precedentes. Estos jóvenes tampoco contaron con la socialización ideológica de sus mayores. Aunque esta fuese incompleta e insuficiente, comparada con los universitarios de su tiempo, sus padres conservaban un umbral de alicortas expectativas que, sin embargo, tomaron cuerpo con la mayoría absoluta de los socialistas de 1982.

El desencanto posterior que constatamos en el grupo de mayores da lugar al descreimiento generalizado entre los jóvenes: "la historia es manipulada por unos y por otros, por eso creo que tienes que crearte tu propia opinión y mantenerte al margen de lo que te cuenten" (Ana, 23). El descreimiento nace de una oposición a cualquier fuente, ya que se le presupone un interés manipulador. "Antes había censura, pero es ahora no te puedes fiar porque todos dicen las cosas en función de lo que les conviene" (Raúl, 24). Ante ello, el único recurso es la experiencia personal, de la que sin embargo carecen. Esta contradicción se salva de forma precaria, recurriendo al relativismo individualista. Incluso la evaluación de Franco depende de cuestiones personales: "Supongo que si me hubiese matado a alguien, sería distinto. Probablemente le odiaría"

³¹ Jerez, A., Sampedro Blanco, V. y Baer, A.: *Medios de comunicación, consumo informativo y actitudes políticas*. Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 2000.

(Víctor, 24). No existe, por tanto, memoria histórica en esta generación, porque no hay una identidad colectiva pasada en la que puedan reconocerse. Todas las versiones resultan equiparables, mientras se basen en una experiencia personal. La microhistoria reemplaza a la Historia.

El recuerdo de las tragedias familiares, escamoteado por los medios y el discurso oficial, es el argumento más empleado para rechazar la dictadura. Se trata de un argumento de corto alcance, que conduce a rechazos emocionales, basados en sentimientos absolutos (“odio”). Una de las máximas descalificaciones del franquismo afirma “Cuando pienso que mucha gente por luchar por lo que creía justo tuvo que esconderse e, incluso, huir del país siento rabia y dolor. Fueron injusticias terribles las que cometió Franco” (Alberto, 23). La cita pertenece al único participante que ha escuchado de su padre el relato del fusilamiento de un pariente (su abuelo) por los falangistas. Pero, una vez más, el discurso resulta emotivo, apenas planteado en términos político-ideológicos. La democracia para la mayoría de los jóvenes es “lo mismo pero diferente”: “Ahora es más suave. Que si del PP, que si del PSOE, porque eso suena mejor que rojo o republicano o fascista. Y ya está” (Roberto, 25).

Estos jóvenes se posicionan como los hijos de un desencanto, que ni siquiera experimentaron, ya que heredaron el escepticismo hacia la política y los medios de comunicación. Para completar el análisis nos referimos ahora a los mitos, ritos y símbolos que identificamos en la generación precedente, viendo cómo se han transformado o desaparecido. Los *mitos* del franquismo se desvanecen. Arias Navarro, por ejemplo, anunciando la muerte de Franco, se confunde con un cómico o un locutor de televisión, cuyas lágrimas producen desconcierto o risa. Los mitos de la transición caen en el olvido o se citan de forma fragmentada y estereotipada. No se comprende su alcance, ni entonces ni ahora. “Para mí fue clave Suárez, tengo su imagen grabada, cuando todos se esconden por los tiros y él permanece sentado sin inmutarse, con el general ése que estaba con él” (Mariano, 24). “Me acuerdo del 23-F, del viejete éste, vestido de militar, que les plantó cara y se levantó hasta donde estaba Tejero” (Joaquín, 24). Respecto a la postura del monarca resulta reveladora esta cita: “He visto por televisión, en algún reportaje cómo el rey no quiso seguir con el régimen franquista” (Nuria, 25). El franquismo, por tanto, continuó hasta 1981.

La cobertura mediática de los *ritos* es la única fuente cognitiva, a falta de socialización política y de intervención educativa en este campo: “[...] hasta que no es el aniversario de algo, como ahora con el 25 aniversario de las primeras elecciones, no te sacan nada” (Esteban, 26). “Me acuerdo mucho también del golpe de Estado, esto lo empiezas a ver desde pequeño, porque siempre casi todos los años cada 23 de febrero lo ponen” (Mariano 24). A lo que añade Raúl (24): “parece una barbarie en los tiempos en que vivimos, en esa época sería normal ¿no?”. La ritualización mediática normaliza un golpe militar en la Europa de 1981. Por último, los *símbolos* de la reconciliación nacional, se heredan de la generación anterior, pero no se comprende su génesis. El parteaguas institucional, presupone un antes y un después desconectados. “A raíz de la Constitución es todo agua pasada” (Roberto, 25). “Lo que más me sorprendió es que toda España se juntó para evitar otra guerra y por eso lo de la Constitución” (Tomás, 24). Aunque Rebeca (23) añade: “Nunca nos hablaron de cómo se hizo, por qué, o qué había detrás”. Los silencios, la fragmentación y descontextualización del tratamiento informativo son percibidos con claridad.

Las ficciones recientes que recrean el pasado son los únicos recursos cognitivos señalados como legítimos. Contadas películas proporcionan claves críticas (*Silencio Roto*, *La lengua de las mariposas*), así como la serie *Cuéntame* de TVE1. Se diferencian del tratamiento cinematográfico clásico, de películas con guiones banales: “todas con que si los fachas eran el marquesito o el conde” (Mariano, 24). Se destacan estas obras recientes porque “en ellas se puede ver cómo se vivía entonces sin libertad, con miedo, con represión” (Rebeca, 23). Que hayan sido citadas por sujetos de clase baja y escasa formación subraya la existencia de una amplia demanda aún insatisfecha de miradas críticas. Si añadimos el enfoque de microhistoria que se señalaba como el único válido entre los jóvenes, se explica el auge actual de memorias y biografías sobre los “perdedores”. Esa recuperación afecta, por lo de ahora, sólo a los vencidos en la guerra civil.

V. Conclusiones

Los jóvenes comparten con los adultos la desafección hacia la esfera pública, identificada como rasgo central de la cultura política española (Montero, Gunther y Torcal: 1990). Sin embargo, las nuevas generaciones de votantes, carecen de la referencia negativa que proporcionaban los recuerdos trágicos de la guerra civil y la crueldad de la dictadura. Los medios han colaborado en esa amnesia: “sólo cuentan los grandes acontecimientos, pero casi no aparecen los grandes dramas de muchas familias” (Ángel, 24).

La ritualización mediática de conmemoraciones consensuales tiene efectos paradójicos. Por una parte, el tratamiento “histórico” de la dictadura y la transición las desplaza en el tiempo, haciéndoles parecer épocas remotas. Por otra, el “presentismo”³² con el que los medios rememoran algunos acontecimientos claves del pasado, descontextualizándolos, acaba normalizando esos periodos. La ausencia de versiones contradictorias consolida una memoria oficial y hegemónica en los medios que se sabe interesada e incompleta. Sin ningún tipo de referencia teórica, ambas generaciones suscriben las tesis de la “invención de la tradición” por las elites³³ y denuncian su legitimación interesada, en manos de los periodistas.³⁴ Con estos mimbres, la democracia parece un régimen otorgado, jamás evocado como logro de las presiones o las renuncias populares y de la oposición. Su advenimiento parece fruto del azar (“Ahora toca democracia”) y de los juegos de las elites: “No veo tanta diferencia con la democracia [...] Siempre son los mismos los que tienen el poder y nos quieren vender la democracia, pero en el fondo todos son iguales” (Víctor, 24).

Hemos constatado el peso de la memoria oficial franquista en la actualidad. Los adultos que no vivieron la guerra civil, sienten como extraño e impuesto el discurso de la culpabilidad colectiva y generalizada que quiso implantar el franquismo. No califican el “Alzamiento Nacional” como necesario ni inevitable; es decir, como si hubiese sido resultado de la locura colectiva. La culpabilidad del franquismo parece clara entre quienes contaban con familiares represaliados y entre quienes pudieron descubrir más

³² Schudson, 1992.

³³ Hobsbawm, E.J., & Ranger, T. (. *The invention of tradition*. Cambridge University Press, Cambridge, 1983.

³⁴ Zelizer, B.: *Covering the body. The Kennedy Assassination, the Media, and the Shaping of Collective Memory*. The University of Chicago Press, Chicago, 1992.

tarde, aunque fuese de forma precaria, la cara oculta de la dictadura. La mayoría considera los cuarenta años de franquismo como el régimen que inevitablemente hubieron de soportar, ellos mismos o sus parientes. Lo que sí persiste en la generación adulta es “el miedo feroz, obsesivo y omnipresente a la repetición de la guerra civil”.³⁵ Ese miedo explica la pasividad ante una transición pactada, cuyos límites se aceptan por pragmatismo. La legitimidad de la democracia por su eficacia, en términos de progreso, coincide con la legitimación que se atribuía el franquismo en su último periodo.

Un régimen político, para los jóvenes, parece depender de “lo que se lleva”, fruto de los tiempos históricos o de la moda, y su aceptación depende de su capacidad para asegurar un mejor nivel de vida: “Cuando Franco, un montón de países estaban con una dictadura - Italia, Alemania, también en América latina -, igual era lo que se llevaba. Pero ahora, desde luego, se vive mucho mejor” (Juan, 26). Alguien debiera explicarle a Juan que Italia y Alemania recobraron la democracia después de la segunda guerra mundial y que las repúblicas de América latina acogieron el exilio y alimentaron a los hambrientos de la posguerra civil. Una memoria histórica más precisa también permitiría matizar mejor cuál es el nivel de la vida de España, en relación a otras democracias más antiguas y desarrolladas.³⁶

La dictadura, para estas dos generaciones, fue un régimen a todas luces impuesto, aunque sin razones que la iluminen, que expliquen su duración. La transición y su fruto (la democracia actual), no son calificadas de forma tan negativa. Pero son vistas como ajenas a la participación de los dos grupos de edad y con paralelismos claros con el régimen anterior. La generación mayor adoptó el rol de espectador, antes amedrentado y ahora desencantado. La generación más joven adopta el rol de espectador indiferente ante un pasado muy reciente, pero que se considera ajeno y lejano. La democracia es, así, una obra cerrada, no el punto de partida para el desarrollo individual y colectivo. La libertad, para los adultos y los más jóvenes, parece una concesión. Pero los de menor edad desconocen los costes de perderla y las limitaciones que impone nuestro pasado: “Yo ahora no sé lo que es que te quiten la libertad, porque siempre he vivido con ella” (Nuria, 25).

Los adultos que hemos analizado transmitieron a los más jóvenes la inevitabilidad de los regímenes políticos diseñados por las élites y que su legitimidad reside en los resultados. Esto coincide con la memoria hegemónica transmitida por los medios. Los costes del consenso, intuidos a mediados de la década de 1980, se hacen evidentes en las nuevas generaciones de votantes: la apatía, la desmovilización, la parálisis de la oposición y el peligro de que la crisis de los partidos se traduzca en conflictividad.³⁷ De ahí, quizás, el recurso constante en nuestra (in)cultura política de calificar las crisis de los partidos gobernantes como crisis sistémicas. Esto ocurre no sólo cuando existen problemas objetivos de gobernabilidad, si no también cuando la movilización social y, sobre todo, la de los jóvenes se interpreta (sistemáticamente) como antisistémica.

³⁵ Aguilar, 1996, p. 57

³⁶ Navarro, 2002.

³⁷ Águila y Montoro, 1984, pp. 250-251.